



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

FERNANDO MANZANO



Todo el que vea en Apolo
Las doce y media y sereno
 Rinquitrún,
 quírrin quírrin quírrin.
Las doce y media y sereno.
 saldrá diciendo:—¡Caramba!
 ¡éste es un autor muy trun!
 ¡quírrin quírrin quírrin!
 ¡éste es un autor muy bueno!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El paso del mal, por Luis de Ansueta.—Contesación, por Fiacre Yrázoz.—Paliage, por César.—Arcilla, por Ricardo J. Catarineu.—Cabeza de chuchito, por Sinesio Delgado.—Después del baile, por Adolfo Llanos.—Un artículo y varias cartas, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Fernando Manzana, por Mazoit.—Festejos, por Cilla.—Actualidades, por Mazoit.



A pesar de los festejos municipales, se ha hundido una casa y han ocurrido otros incidentes no menos tristes.

Para que se vea que el poder del hombre, aun siendo éste alcalde, no consigue variar el curso de los acontecimientos.

Lo natural sería que las autoridades dijese:

—¿A ver! Que cesen las desgracias por unos días, porque estamos de festejos.

Y que se suspendieran los sucesos desagradables hasta el 15 de Junio.

Pero no sucede así, y llevamos una porción de desgracias un pocos días.

Han subido la carne, han matado á D. Joaquín, han estrenado zarzuelitas en varios teatros y se ha caído del tranvía una viuda bastante gorda, causándose una erosión de segundo grado en la parte inferior de la espalda, conforme se sube á mano derecha.

La buena señora se dirigía al Prado para ver el baile campestre y recrearse con las melodías de la banda del Hospicio. Se había acomodado en la plataforma posterior, entre un sacerdote forastero y un teniente coronel de la Guardia civil, á quienes había dicho cariñosamente:

—Me van á perdonar, pero no tengo más remedio que apoyarme en ustedes.

—Ápoyese usted—contestó el cura.

—Lo advierto para que no formen ustedes mal juicio.

—Pierda usted cuidado—añadió el teniente coronel.

—Es que hay personas muy mal pensadas, y nadie está libre de la crítica, sobre todo cuando una es joven y gruesa.

El caso fué que la viuda quiso bajarse en la Cibelas, y en vez de poner el pie en el estribo, se lo puso encima á un corista del Príncipe Alfonso, que iba á subir. Éste retiró la cabeza de pronto, y ¡pum! la viuda fué á caer de espaldas sobre un transeunte, que comenzó á jurar y á repartir bofetadas entre todos los allí presentes.

Á la viuda la llevaron en un coche á la casa de socorro, donde dijo llamarse Genoveva y ser natural de Toledo. Había venido á Madrid para ver las fiestas, y paraba en la calle del Sombrerete, en casa de una planchadora.

Cuando estaban haciéndole la cura, dijo al médico:

—¿Ay, soy muy desgraciada!

—¿Por qué, señora?

—Si usted supiera cuánto llevo sufriendo en este mundo!... Yo tuve una conñería y me enamoré de un cadete que me lo comió todo en año y medio. Á mí lo que me pierde es el buen corazón, porque soy muy crédula. Después del cadete me pretendió un joven de la curia, admirador de Canalejas, que me dió palabra de casamiento y se vino á Madrid á leer en el Ateneo, dejándome sola y abandonada. Por eso me he venido aquí, á ver si la coja *infraganti* con los versos en la mano.

En fin, daba lástima oír la historia de la viuda, lo cual viene á demostrar claramente que no todos los forasteros que han acudido á las fiestas son seres felices. Lo que hay es que muchos han aprovechado la baratura de los trenes para trasladarse aquí con fines tenebrosos, y á lo mejor pregunta usted á uno:

—¿Conque viene usted á los festejos?

Y contesta con voz de bajo profundo:

—No, señor; vengo á matar á un relojero de la calle de la Arganzuela.

—¿Canastos!

—Se presentó en mi pueblo á vender relojes, y lo que hizo fué escaparse con una enñada mía que estaba en casa preparándose para monja.

—¿Qué horror!

—Pensaba haberle matado ayer á las cinco y media, que es cuando está más ocupado, pero no he querido dar el golpe hasta hacer unas visitas y comprarme un sombrero hongo.

Otros vienen á Madrid so color de las fiestas, y lo que traen es un bulto en el pesnezo tamaño como una sandía, para que se lo revienten de balde en el Hospital de la Princesa.

—¿Ha traído usted á la señora?—se pregunta á uno de éstos.

Y él dice:

—No, señor; he venido solo con el bulto.

No hay que confiar en la sonrisa plácida de los forasteros. Parece que todos son felices y, sin embargo, hay muchos que traen la duda en el alma ó la hiel en el corazón, y viceversa.

Las únicas personas verdaderamente felices son los concejales, porque han organizado los festejos y ven con júbilo que les están saliendo como una seda.

Lo de los bailes campestres... muy bonito; lo de las vistas panorámicas... cosa de gusto; lo de los fuegos artificiales... una monada, y así sucesivamente.

Ahora esperemos el bailecito de blanco y negro y la cabalgata de la Florida que, según dice la prensa, van á dejar impericcedera memoria entre nosotros.

Ya andan por ahí muchas señoras buscando billetes con verdadero afán; y á mí me ha parado una, bastante fea por cierto, en la calle de Alcalá, para decirme:

—Necesito nueve billetes, porque supongo que ustedes los periodistas tendrán muchísimos.

—Pues supone usted mal, Epifanita.

—¿Pero hombre! ¿Me va usted á negar que en las redacciones no hay de todo?

Ésta es una creencia muy generalizada. Suponen muchas personas que á los periodistas no nos falta nada absolutamente y que la vida nos sale por una friolera.

—¿Podría usted facilitarme billetes para los toros?—dice un conocido cualquiera.

—Hombre! Deme usted un permiso para visitar el Palacio por dentro cuando estén las personas reales—dice otro.

—¿Cuándo va usted á regalarme un pase para llevar á mi señora á Calatayud, que hace dos meses que no ve á su familia?

Y hay quien llega á decirle á uno con la mayor naturalidad:

—El día que les sobre á ustedes alguna botellita de Jerez bueno, acuérdesese usted de mí; porque yo supongo que en la redacción tendrán ustedes vinos de todas clases. Es para mi suegra, que está delicada y le mandan que se nutra y beba buen vino.

Ahora, en lo de los billetes para el baile, el carrousel y la velada del Español, me tienen medio loco los amigos, y voy á poner un aviso á la puerta de mi casa, diciendo así:

“Ni soy concejal, ni periodista, ni tengo relaciones con nadie; sólo conozco á un portero de la Diputación, que está estos días con el garrotillo y no recibe...”

¡Ah! Compren ustedes el libro del distinguido escritor D. Pascual Millán, titulado (el libro, no el escritor) *Los toros en Madrid*. Es cosa buena.

LUIS TABOADA.

EL PASO DEL MAL

1

En lo más hondo de mí se encontraba una conciencia, disfrutando ese placer de la paz de la inocencia, cuando vió cerca de sí la sombra de un algo impuro que, sólo de estar allí, daba á todo un tinte oscuro.

Es la conciencia curiosa, como todas las mujeres, y angustiada y temerosa dijo al intruso:—¿Qué quieres? Después de una carcajada, llena de amarga ironía, respondió la sombra:—Nada, casi nada, hacerte mía.

—Pues es tanto tu poder que eso esperas conseguir?
 —Y por qué dudas, mujer, que yo te pueda rendir?
 —¿Quién eres?—El que te aterra más que nada.—¿Pero quién?
 —El manarca de la tierra, el enemigo del bien....
 ¡El criminal!... Te vi tan sana que vengo á ver si te gano.... No hay salud en cosa humana que no dé envía al gusano.... Arrojo á un lado el disfraz y hablo con toda franqueza, porque vengo en son de paz á disfrutar de belleza.... Déjame franca la entrada.... Si temas mi poderdumbre, hará que te importe nada la fuerza de la costumbre.
 —¿Déjate yo libre el paso!
 la otra respondió. ¡Imposible!

¡Ni cómo he de hacerlo caso cuando me eres invencible!
 —¿Quieres, pues, luchar? ¡adelante!
 —Todo, todo lo prefiero á que tú salgas triunfante de tu afán.... ¡Luché! ¡La quiero!

II

El crimen quedó vencido y la conciencia siguió en el limpio y sano río que un alma le preparó. Pero, después del alarido de su poder sin igual, quedó traspuesta y cobarde y temerosa del mal. Mas la tortura mayor que desde entonces le aqueja es que allí quedó el olor que, aun vencido, el crimen deja.

LUCAS DE ANSORENA.

CONTESTACIÓN (1)

Sr. D. Juan Pérez Sábido

en

MADRID

Mi querido Juan: Lef la carta que me mandaste escrita en quintillas, y voy á contestarte aquí, ya que aquí la publicaste.
 Y vas á ver que te grito, que te trato con despecho y me incomodo y me irrito, porque te advierto, Juanito, que eso estuvo muy mal hecho.
 ¿A qué hablar á los lectores de lo que en tu casa pasa, con detalles interiores, ni enterar á esos señores de que quisiera ir á tu casa?
 Eres listo, y, por lo visto, conociendo lo que soy, has querido darte *piño*.... y ahora verás, siendo listo, la lección que yo te doy!
 Tú creíste, enamorado, que era á ti á quien iba á ver, y no sabes, desgraciado, que iba yo por el cañado del primo de tu mujer.
 ¿Por el cojo, aunque te pese, que no es ninguna acción fea que ese cojo me interese, porque, por lo menos, ése ya sé de qué pie cojea!....
 Y no como tú, trahán, que pensando que te quiero tomas á broma mi afán.
 ¡Con razón decías, Juan, que te has vuelto muy grosero!
 Tu musa alegre se empeña en demostrarnos ufana que tu casa es muy pequeña, cuando eso mismo me enseña que es que no te da la gana.

¿Por qué haciendo esos extremos me has contestado que no, que no nos aventuramos á ir, porque no cabemos ni mi padrastra ni yo?
 ¿Y por qué de esa manera me demuestras tanto enojo, si yo estaría.... ¡ aunque fuera metida en la carbonera.... con tal de ver á mi cojo!
 ¿Sabes lo que yo te digo? Pues que, ya que ahora te portas lo mismo que un mal amigo, quiera Dios darte el castigo cuando comas esas tortas.
 Que te sean las digestas, que sientas síntomas graves, y que, ya que no te prestas, te pases todas las fiestas metido.... donde tú sabes.
 Y ¡adiós! No quiero seguir porque voy á desbarbar, y no es cosa de insistir en suplicar y pedir lo que tú no quieres dar.
 Y allí en Julio, cuando estés tus primos lejos de ti y tu familia también, mi padrastra irá en el tren á pasar un mes ahí.
 pero ¿yo?... ¡Vaya un sorojo!
 Yo me quedaré en Barbastro, divirtiéndome á mi antojo.... ¿me iré á ver á mi cojo mientras vuelve mi padrastra?
 Conque, lo dicho, no quiero que seas tan infornal, porque no te lo tolero.
 Tuya.—Bárbara Barbero.
 (Copia del original.)

FIACRO VÁLVIZOZ.

PALIQUE

Cierta parte de la prensa ya empieza á introducir confusiones en el sumario popular del acreditado crimen de la calle de la Justa.

Leo en un periódico que la mesa en que se colocó el cadáver para hacerle la autopsia era "una mesa un poco vertical... No lo crea el señor juez especial encargado de la causa: esas son habladurías. Si los periodistas que se usan en algunos periódicos serios supieran tanto como los albañiles, sabrían que lo vertical es lo perpendicular al horizonte, es la dirección de la plomada. Y aparte de que en eso de la vertical no caben más que Sagasta ó Cánovas, es decir, no caben términos medios, y una cosa es vertical, ó no lo es, pero no puede ser un poco vertical.

(1) Véase el número anterior del Madrid Cómico.

cal: aparte de eso, un cadáver colocado sobre una mesa vertical.... lo primero que haría sería caerse de la mesa.
 No se olvide que, como se le ha demostrado á la Academia, también la gramática tiene su acción popular.
 Por si se quiere saber en qué papel he leído lo de la mesa un poco vertical, diré que es uno que, según él, circula más que todos.

Mientras estos periódicos que circulan tanto escogen redactores que no saben redactar, como si se tratara de acabar con la aristocracia de la sintaxis y hasta de la arimología; mientras estos periódicos insisten en publicar secciones que se titulan *Efemérides*, así, en singular, otros papeles más modestos buscan, con afán digno de aplauso, verdaderos escritores que llenen sus columnas de prosa sustanciosa y bien hilvanada.
 La *Justicia*, por ejemplo, que no se precia de circular más que una peseta falsa, usa á diario redactores que firman, porque pueden, y se llaman nada menos González Serrano, tal vez nuestro mejor filósofo, el mejor entre los jóvenes sin duda; Alfredo Calderón, estilista y satírico de primera fuerza, y ahora, como miel sobre hojuelas, Eladio Lezama, que es de quien quiero hoy decir cuatro palabras, al saludarle, y congratularme de su vuelta á la prensa madrileña, de la que tantos años vivió ausente, y donde tanta falta ha estado haciendo.

Pero antes insisto en dar la enhorabuena á *La Justicia* por tener tales escritores de verdad en su redacción política.... y por la buena costumbre de firmar los artículos. Si firmaran el de la mesa un poco vertical y el que llama efeméride á las efemérides, y el que pone la Meca en Africa y el que confunde á Rojas con Tirso, etc., etc., no estarían ciertos colegas tan mal escritos como suelen, porque redactor que firmase tales gazapos tendría que ser despedido, y no pasarían por hombres de pluma en riesgo los que debieran llevarlas pegadas al cuerpo por la punta.

Eladio Lezama es un periodista de raza, un verdadero literato que de vez en cuando deja de escribir para utilizar con más provecho económico talentos y aptitudes de otro género; pero que, después de los años tal, vuelve al arte (pues arte es para hombres como él la prensa diaria) porque la vocación reclama sus fueros. Es decir, Lezama es todo lo contrario de tantos y tantos señoritos que se creen escritores, hasta poetas, y escriben poemas, dramas, crítica.... y acaban por ser abogados del Estado ó directores generales, según caen las pesas, si no acaban casándose con una rica heredera, que cree tener en casa un genio y tiene un sablista sancionado á perpetuidad por el Concilio de Trento.

Lezama, antiguo redactor del famoso *Unicursal* y de otros periódicos notables de aquella época, deja las tareas literarias para desempeñar altos cargos, como, verbigracia, el gobierno de Málaga; y mientras muchos, en viéndose gobernadores, ya no saben más oficio que *ése* y el de cesantes, nuestro hombre, al dejar los puestos eminentes de la Administración á que le llevaron sus méritos, vuelve á trabajar como un negro en la prensa, y hasta cree que no se rebaja por ser compañero de Taboada, Sierra y *Clarín* en *El Solfeo* (alma mater, ó *pater*), dirigido por Sánchez Pérez.

Allí le conocí, allí simpatizamos en cuanto nos vimos, allí aprendí de su conversación animada, pintoresca, graciosa, instructiva, muchas picardías de nuestros literatos y políticos; y no pocos de aquellos paliques de la redacción de *El Solfeo* me sirvieron más adelante para huir prudentemente del agua fría, como si fuera gato escalado. Después de esta segunda campaña periodística en el periódico satírico de Sánchez Pérez, en *La Unión*, *El Mundo Moderno*, etc., Lezama fué á una provincia á ponerse al frente, si no recuerdo mal, de una importante publicación, y más adelante dejó la prensa otra vez para trabajar en las oficinas de una institución económica, pero no con sueldo del Estado. Ahora veo que el discretísimo periodista y consecuente republicano vuelve á la lucha y se pone al frente de la redacción en periódico tan importante como *La Justicia*, y con el mayor entusiasmo y cariñoso saludo al antiguo compañero, que tantas dosis de sal y de buen sentido traerá á las discusiones de esta plaza pública en que se nos paga, aunque poco, para divertir á la gente con nuestras disputas.

Lezama es admirador de Balart. Y por asociación de ideas, vengo á dar al ilustre maestro que después de tantos años de silencio parece que se resucita á las letras, ¡Dios lo quiera!

Balart, probado por el dolor, acuñó poeta (1), poeta creyente, pero creyente racional, con imaginación y corazón; y los versos que nos da de cuando en cuando suelen aventajar, por la corrección gramatical y retórica, por la naturalidad y sinceridad, por la intención y el sentimiento, á las poesías que nos propinan otros que están matriculados en el Parnaso contra viento y marea.

Pero no sólo escribe buenos versos Federico Balart; recordando antiguas campañas para él gloriosas, vuelve á mover su pluma de crítico y comienza aplicando su atención al actual certamen pictórico de que están disfrutando los madrileños.

(1) Balart *parece* era el asunto de un artículo que no me publicó *El Globe*, porque me lo perdieron en Liria, en Calatayud, se decía, en Miami y en Almería.

FESTEJOS



Pilla

—No tiene mala figura aquel comandante. ¿Dejarán viudedad los comandantes?



—Si á mi me huieran cogido estas fiestas de chico del Hospicio, ¡cuánta divina monada hubiera hecho en la plaza de la Armería!



¡Pues este tío no estaba en el programa!

—Estoy deseando que llegue la batalla de las flores. Dicen que las marquesas guapas van á tirar claveles á las narices de los chicos de fuera...



—Padre, ¿con qué hacen esas luces coloradas?
—Con salsa de tomate, hijo.



—¿Conserva usted todavía aquel traje de demonio con rayas azules que usaba su difunto en el entierro de la sardina?
—¿Por qué lo dice usted?
—Porque soy de esos de la cabalgata, y dicen que tenemos que llevar trajes de canchicho.

Yo, sin ánimo de ofender á nadie, me atrevo á recomendar los artículos de Balart acerca de la Exposición á los aficionados que, después de ver tantos cuadros malos, se creen obligados á leer tantas críticas pesimas. Lean á Balart y pasarán un buen rato y leerán á un crítico de pintura verdadero.

La mayor parte de nuestros críticos de arte, de pintura especialmente, olvidan que para tal profesión se necesitan dos condiciones: saber escribir y conocer las artes particulares. Para la crítica pictórica, propiamente dicha, se necesita ser un escritor, comprender la estética... y casi casi saber pintar.

¡Bienaventurados los que, *mejor* nos llamen críticos los amigos, jamás hemos dicho á un pintor por ahí te pudras ó que *estás* mal el verde, ni nos metimos nunca en si amarillo sí ó amarillo no!

¡Y bien sabe Dios que podíamos copiar y citar y disparatar como cualquiera! ¿Quién no sabe lo que son *carnes*... y qué la *carne* es lo más difícil... y lo más caro, gracias á los tablajeros?

CLARÍN.

ARCILLA

I
Consuelo, la bellísima Consuelo,
romántica febril y flor temprana
y mujer digna de bajar del cielo
en un rayo de luz de la mañana,
pensaba cierto día:
—Averigüé, por fin, cuanto quería
y no se borrará de mi memoria...
¿Cuándo venga Tomás, la tierra es mía!...
¿Corro á sus brazos, y de allí á la gloria!

II

Llegó después Tomás apasionado,
sin sombra vil de pensamiento frágil:
la mujer para se acercó á su lado
enardecida, voluptuosa y ágil.
Tomás, que tiene corazón eterno
donde jamás ha entrado
del áspid el veneno
que confunde al amor con el pecado:
Tomás, que, de Consuelo enamorado,
quiso de veras y aprendió á ser bueno,
la dijo el pobre, con acento suave,
el eterno discurso
que de memoria quien ahora sabe:
—Siga tranquilo nuestro amor su curso:
No sospeches jamás, encanto mío,
que la pasión domine mi albedrío,
porque mi amor, Consuelo,
libre de todo humano desvarío,
siempre ha de ser un éxtasis del cielo!
Déjenme á mí vivir de mis quimeras:
ni persigo delicias pasajeras,
ni á mayor bien que nuestro amor aspiró...
No pido nada más cuando te miro!
No pido nada más que tú me quieras!
Nuestro amor, como fué, seguirá siendo
inmarcesible, inmaterial y santo!

III

Y Consuelo, cansada de oír tanto,
—¿Qué imbécil!—dijo, y se marchó corriendo.

RICARDO J. CATARINEU.

CABEZA DE CHORLITO

La chica de doña Bruna
está muy mal educada,
y, según su madre, es una
cabeza destornillada:

pero, en el fondo, más buena
que el pan; ¡un ángel de Dios,
que todas las noches cena
con un caballero ó dos!

Gracias á que hay ocasiones
en que vuelve como va
y á que en estas excursiones
la acompaña su mamá,
firmemente decidida
á evitar con su presencia
que, como es tan aturdida,
cometa alguna imprudencia.

Madre ejemplar, á quien todo
lo que quiere hacer la niña
le satisface, y no hay modo
ni forma de que la riña!

—Créame usted, caballero,
(suele decir doña Bruna),
para pudor verdadero...
¡como el de ésta, el de ninguna!

Su modo de ser espanta
desde lejos á cualquiera,
pero de cerca es tan santa
que... ¡vamos! ¡si usted lo viera!—

Yo, para verlo cerquita,
escogí la mejor hora
para hacer una visita
á tan extraña señora.

Y después de aquello de:
—Buenas tardes.—Servidor.
—¿Cómo está usted?—¡Bien y usted!
—¡Vaya un tiempo!—¡Qué calor!
—cuando me hartó la sosera
del diálogo instantáneo,
pregunté por la heredera,
como era muy natural.

—Pues... estará trabajando
en su gabinete.—¿Sí?

—Tendrá una sorpresa cuando
le vea á usted por allí.

—Pasemos al gabinete...
¡y allí estaba la chiquilla,
abrazada á un mozalbete
á quien tomaba por silla!

Yo me quedé estupefacto,
el pollo quedó corrido,
y hubiera tenido el acto
un final desconocido
á no exclamar doña Bruna,
soltando la carcajada:

—¿Lo está usted viendo? ¡Si es una
cabeza destornillada!
—¡Basta! diga. Usted es graciosa
y piensa que yo soy tonto:
¡llámela usted otra cosa,
y acabaremos más pronto!

SINESIO DELGADO.

DESPUÉS DEL BAILE

Matizando la cumbre de los montes
con incierto fulgor se anuncia el alba:
renégese la hermosa Dorotea
en su tranquila perfumada estancia.
Sobre un diván arroja el ancho abrigo,
el ramillete de camelias blancas,
el abanico de marfil y pluma,
el pañuelo con cifra coronada.

Los guantes, las pul-cras, los anillos
deja en el tocador, y las dos sargas
de perlas de Ceylán que venturosas
oprimieron su nítida garganta.
Perezosa y risueña, lentamente
comienza á desdormarse. ¿Quién lograra
ser el espejo donde sus hechizos
con esplendor sublime se retratan!

Al recordar el baile, campo abierto
en que ha sido belleza soberana,
con los laureles que ganó en la lucha
teje su pensamiento una guirnalda.

Y va contando sonrisetas frases,
suspiros y dulcísimas miradas,
como cuenta guerrero victorioso
el botín recogido en la batalla.

—¿Qué adulator es Pérez! Me ha llamado
diosa de los amores, y sultana,
y reina del placer, y... ¡bajatelas!

Escoge demasiado las palabras.
(Se quita el cuerpo del vestido.)—Julio

me llamó *su ventura, su esperanza*...
y al estrecharme el talle, parecía

que se iba á desplomar; ¡cómo temblaba!
Está muerto de amor ese muchacho;

da compasión. (Despréndese la falda.)
¡Si no tuviera las orejas grandes!

¡Si tuviera más sueldo... y menos calva!
—El vizconde me dijo algunas cosas

que, la verdad, no son para contadas;
no bailaré con él; se atreve mucho,

es un conquistador de puza raza.
—El duque olvida siempre que es un viejo,

y (se quita el corsé) ya me empalaga.
Mas no habré de negarle ciertas prendas:

conoce bien el mérito y lo ensalza.
—¿Qué me dijo al pasar aquel lacayo?

¡Ah! Ya recuerdo; dijo: *¡qué barbilana!*
Insolente es el hombre; merecía...

Pero por esas cosas ¿quién se enfada?
—El general ¿qué grave! Y es muy joven;

aunque á mí la carrera de las armas
no me ha gustado nunca. Y me distingue.

¡Vaya si me distingue! Si enviudara...
—López me llamó *¡riñón!* ¿Qué tontana!

Todo es hablar. (Se quita las enaguas.)
¿Por qué serán tan cursis tantos hombres?

—Y qué me dijo Luis? Me dijo: *¡facha.*
¡Facha! Disimulado es el requiebro.

¡Bah! ¿Qué puede decir un tarambana?
Yo bien sé que le gusto. ¡Facha! ¡Simple!

¡Necesito vengarme! (Se descalza.)
—El barón me elogió como ninguno.

—Ramírez, ¿qué expresivo! Pronto estalla.
—Carlos se declaró catorce veces...

—Y el coronel, ¿y Juan? ¡Me devoraban!
—Mas ¡ay! Fermín, el único que adoro,

ese *¡irresistible!* ¡no me ha dicho nada!
(Arroja con furor ligas y medias,
y se oculta. llorando, entre las sábanas.)

ADOLFO LLANOS.

UN ARTÍCULO Y VARIAS CARTAS

En el número 375 del MADRID Cómico se publicó un artículo de Clarín que trataba de un libro de versos de D. J. M. Gutiérrez de Alba. Pocos días después, este señor me envió un extenso comunicado en demanda de inserción, apelando al derecho que la ley, según él, le concedía.

Contesté al comisionado del Sr. Alba que, en mi opinión, la ley se refiere únicamente al caso de que en un periódico se anoten hechos falsos ó apreciaciones calumniosas, y de ningún modo

á las críticas literarias, que en nada menoscaban la dignidad personal del aludido.

Sin embargo, el Sr. Alba insiste en su pretensión, asegurando que con mi negativa le cierto las puertas de la defensa y convierto el periódico en libelo donde se injuria á mansalva. Nada de eso, y me conviene deshacer el error públicamente, porque no es sólo el Sr. Alba el que toma por ofensa personal el acto de criticarle sus producciones literarias.

Y no hay que confundir! El hecho de decir á uno que hace versos malos no es un ataque al honor ni á la dignidad, y si todos los que equivocadamente juzgan frases ofensivas las que en realidad no lo son tuvieran el derecho de protestar, podía llegar el caso de que la publicación entera se destinara á comunicados y réplicas, que coartarían naturalmente la libertad del crítico y la independencia del periódico.

Conste, pues, que no me he negado á publicar el comunicado del Sr. Gutiérrez de Alba por dejar en pie una injuria, sino por creer sinceramente que en el artículo en que á dicho señor se alude no hay injuria ni ofensa personal de ninguna clase, y sólo se refiere el crítico, en uso de su derecho, á la personalidad literaria.

Y hago esta advertencia no sólo para tranquilizar al señor Alba en este punto, sino para evitar en lo sucesivo quejas parecidas, que no publicaré de ninguna manera... á no ser que los tribunales dispongan otra cosa, convencidome de que estoy equivocado en la interpretación de la ley.

SISE-RO DELGADO.



—Señorito, hoy ha venido el chico de la tienda de comestibles con la factura.

—Y qué le habéis dicho?

—Que no estaba usted en casa.

—Y qué ha contestado?

—Que es una lástima que pague usted un cuarto tan hermoso para vivir en la calle.

Todas se mueren por mí,
dice el Tenorio don Lesmes.
Y es médico director
de un hospital de mujeres.

JOSE BRISSA.

Todos los periódicos han publicado oportunamente el programa de los festejos que hemos disfrutado, disfrutamos y disfrutaremos, gracias á Dios, hasta mediados de junio próximo.

Resulta verdaderamente delicioso, porque viene á ser una cosa del tenor siguiente:

Día 25.—Excursión á las Ventas del Espíritu Santo.

Día 26.—Relevo de la guardia del Ministerio de la Guerra, con el ceremonial de costumbre.

Día 27.—Perspectiva de la puesta del sol desde las Vistillas (si el tiempo no lo impide).

Día 28.—Exposición de ropas en los escaparates de la calle de la Cruz y otras.

Día 29.—Vueltecitas por la Puerta del Sol.

Día 30.—Idem por la Carrera de San Jerónimo.

Día 31.—Cocido en casi todas las casas. Y así sucesivamente.

Conque ¡animarse, caballeros!

El crimen de la calle de la Justa, ó el muerto descreditado.

Parte primera:

«Entre las moras de casa llana (es la primera vez que lo oigo) de la calle de la Justa, D. Joaquín distinguía especialmente á una pupila del número 22, llamada Encarnación, y á otra del 24, á quien llamaba Perita.»

«Fijense ustedes, que todos estos detalles son importantísimos.»

«D. Joaquín se retiró á su casa á las doce de la noche, deteniéndose con Encarnación algunos minutos y pasando en seguida á la puerta del número 24, donde permaneció bromear con la llamada Perita. Esta pidió á D. Joaquín dinero (¿qué casualidad!), pero él contestó que no llevaba suelto...» Que es lo que hubiera contestado otro transeunte cualquiera.

«Pero observemos cómo ayuda este diablillo de gacillero al descubrimiento de la verdad.»

Parte segunda:

«Nos dirigimos á la plaza de Santo Domingo en busca de un sujeto que, según se nos había dicho, era amigo del aguador de la casa del anciano D. Joaquín.»

Pues va usted á perder el tiempo, porque los amigos de los aguadores

no suelen saber una palabra de cráneos. ¡Con decir que no lo sabrán siquiera los amigos del asesino!

«...y después de ofrecerle un cigarro, que aceptó (otro dato! ¡el amigo del aguador de la casa llana!), entablamos el diálogo siguiente:»

«Espere usted, que se le ha olvidado un detalle de gran trascendencia: ¿Quién puso la cerilla? ¿O encendieron ustedes una cada uno?»

«—¿Sabe usted el carácter que tenía el difunto D. Joaquín?»

«—Pues... yo sé la que han dicho los papeles.»

«¿Lo ve usted? ¡No había yo sospechado que iba usted á perder el tiempo!»

Parte tercera:

«Nos dirigimos á *privé* casa de la calle de la Justa... Mal hecho; tampoco va usted á sacar de ahí nada bueno.»

«...hizo uso de la palabra la que allí parece llevaba la voz cantante.—Mire usted, nos dijo, ¿sabe usted lo que era?... Pues era muy obediante. Mire usted: una noche, una chiquilla que se ha marchado á Santander, á la que distinguía mucho D. Joaquín (otro dato), dijo:»

«—D. Joaquín, ¿por qué no se quita usted las patillas?»

D. Joaquín nada dijo (milagro que no contestó, también que no llevaba suelto), y á la siguiente noche se presentó á la chica con la fisonomía condescendiente...»

«¡Basta! ¡Era obediente! ¿No quitó las patillas? ¡Yo tenemos el hilo!»

«Antes de abandonar la casa nos dirigieron las jóvenes algunas frases por las que llegamos á comprender que éramos, en su concepto, algún tanto importantes.»

«¿O cree! Es más, me parece adivinar las frases. Pero ¿está usted seguro de que las pronunciaron las jóvenes? Porque las suele pronunciar la vieja...»

Epílogo.

Si, después de esto, el juez instructor no encuentra la verdadera pista, no será porque no le ha ayudado la prensa.

Libros:

Borcón, colección de poesías de D. Manuel de Gumario. Un tomo de 100 páginas. Precio: 1,50 pesetas.

El Tesoro público y el Banco de España ante la crisis monetaria, importante folleto de actualidad, de D. Policarpo Pastor.

Historia general de España, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo, y editada con verdadero lujo por *El Progreso Editorial*. Hemos recibido los cuatro primeros cuadernos. Precio de cada cuaderno de 40 páginas: 1 peseta.

Doña Inés del alma mía! lindísimo juguete cómico en un acto y en verso, de Felipe Pérez y González. Se estrenó con grande y justo éxito en el Teatro Lara.

Fray Servando, pequeña poesía por D. Felipe Cabañas Ventura. Una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Lope.—Poquita cosa.

Tirachinas.—No sólo no piensa usted las cosas, sino que hasta en la materialidad de escribir las anda usted un poco torpe.

Sr. D. H. M. G.—Sevilla.—La cosa tiene gracia. ¡Lástima que lo descuidadísimo de la forma eche á perder el asunto!

Sr. D. J. F.—Barcelona.—En cuanto haya usted de los ripios, versificaré con facilidad.

Cacareo.—Hijo, de esas tonterías leo tres todos los días.

Candilillo.—Esas parodias de la desesperación de Espronceda son cosas de chicos del Instituto.

Un poema.—Buena que uno se despida de la novia con lágrimas en los ojos, y hasta en versos medianos si á mano viene, pero no hay para qué contárselo al público.

Sr. D. C. V.—Madrid.—No podemos publicarlo.

Galante.—Pero ¿no ve usted que esos versos están mal medidos? Es decir, ¿no ve usted qué no son versos ni nada?

Adoquin.—También es inocencia la de suponer que yo voy á creer que eso no está escrito así apropiado.

K. á. rana.—Y qué le hemos de hacer si no sabe usted castellano?

El doctor Simca.—Esa es flojita; la otra saldrá pronto. Y no crea usted en agüeros ni cosas supersticiosas.

Sr. D. J. R.—No ha entendido usted el *Formis*? Pues ya son ustedes dos, porque tampoco ni criada lo ha entendido.

Una que mefista.—Y que empieza con una vulgaridad como un castillo.

Sansimplicé.—Viva la gracia!

Sr. D. J. P. y V.—¿Tampoco usted ha visto la punta? Vaya, pues son ustedes tres.

Sr. D. R. G.—Zaragoza.—Hacer versos sin más ni más es como ponerse á hacer custos de mambres... sin nombres.

Sr. D. L. G. C.—Valencia.—No hay inconveniente. Remita las colecciones y se le mandará la otra.

Sr. D. P. de C.—Navalmoral de la Mata.—Pero la advertencia se refiere á los suscritores directos. Por eso no habrá usted recibido el suplemento.

Congo.—Y dale! A todos les da por lo mismo ahora. Prueba de que la vulgaridad es la reina del mundo.

Sr. D. J. de B.—San Fernando.—¿Pero usted cree que no hay más que salir de la escuela y ponerse á hacer versos? Eso no son versos siquiera.

ACTUALIDADES



—Pos mira, toos esos que van ahí son señoritos.
 —¿También los que guían?
 —¡To! Esos más señoritos que los otros; ¿no ves tú que llevan unas levitas mu largas y unos sombreros con cosas bonitas?

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
 Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
 En provincias no se admiten por menos de seis meses.
 Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, Dós.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 3 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.